

Carlos Ramírez García¹

Plantas mágicas de la costa valdiviana Guía etnobotánica²

Jimena Jerez Bezenberger



En una encuesta realizada en editoriales de la capital hace ya algunos años se preguntaba cuáles eran los libros más vendidos en Chile: resultaron ser dos textos escritos por personas del espectáculo y la farándula y uno, que ocupaba el primer lugar de ventas, referido a plantas medicinales. Efectivamente, las plantas medicinales tienen una atracción especial, un encanto que hace que la gente se interese en ellas. Seguramente, entregan nuevas esperanzas a quien las tiene perdidas, ante algún desorden orgánico que la ciencia médica no puede resolver.

¹ Profesor-Investigador, Instituto de Botánica, Universidad Austral de Chile Casilla 567, Valdivia, Chile.
E-mail: cramirez@uach.cl

² 2005, Valdivia: Kultrún. 119 páginas.

Curiosamente, la mayoría de los consumidores urbanos de plantas medicinales, ignoran de dónde vienen y lo que son. El hombre compra y cree que a cambio de dinero obtendrá algo útil. En este uso hay una relación unilateral un tanto egoísta: me interesa la planta sólo en cuanto me pueda sanar. No hay una relación de mayor conocimiento entre el hombre y la planta. Con su libro: "Plantas mágicas de la costa Valdiviana" Jimena Jerez Bezenberger nos lleva al mundo rural donde aún el hombre vive en comunión con las plantas. Al mismo tiempo que las utiliza se preocupa de conocer sus hábitats, sus requerimientos y otras propiedades que las distinguen de las demás. El resultado de estas observaciones es una mayor comprensión del entorno y sobre todo, un armónico convivir con la naturaleza.

En su relación con las plantas las etnias primitivas, además de otorgarles un apelativo, han llegado a concebir sistemas de clasificación de ellas, que les ayuda a manejarlas con respeto. Este "valor agregado" permite que las relaciones entre el hombre y la planta, se tornen más humanas y con un mayor compromiso, que obliga al cuidado de la naturaleza. Para el habitante urbano que recibe todo envasado desde un supermercado, las plantas medicinales, no pasan más allá de ser un artículo de consumo. Por lo anterior, no tendrá problemas en aceptar la expoliación de esos recursos naturales, ya que los necesita para vivir. El hombre quiere lo que conoce, lo desconocido suele degradarse al nivel de "cosa" y se puede hacer con ello lo que uno quiera. Esta concepción llega a veces a alterar de tal modo las relaciones humanas, que se toleran atrocidades, al reducir al adversario a una cosa molesta.

El libro "Plantas mágicas de Valdivia" nos vuelve a nuestras raíces, a la relación que los aborígenes tuvieron con las plantas. Una relación que aún se mantiene en el ámbito rural y que exige respeto por estos particulares seres vivos, que aunque no se mueven, son mudos testigos de toda actividad humana, incluso de nuestras iniquidades. Pero desgraciadamente, esta relación hombre-planta que comentamos puede desaparecer a corto plazo, dada la penetración de las reglas del mercado y del consumismo a todo nivel de este mundo globalizado, que provoca aculturización.

El mundo vegetal estructura nuestro entorno natural, el medio en que nos movemos. Las plantas forman el paisaje y lo delimitan, formando bosques, matorrales, praderas, pantanos, etc, ese paisaje acogedor que permitió el desarrollo de la especie humana. Del mundo vegetal los

primitivos habitantes obtenían todo lo necesario para su sustento y sus escasas comodidades, como muy bien lo expone Cervantes, cuando el Quijote agradece la hospitalidad de los cabreros, brindándoles un vibrante discurso añorando la dichosa “edad dorada”.

En las excavaciones de Monte Verde en las cercanías de Puerto Montt, se encontró que el hombre americano, hace ya unos 14.000 años, convivía con las plantas y ellas representaban un valioso recurso (Ramírez, 1989: 147-170). Muchas especies vegetales de las encontradas en esos yacimientos, corresponden a plantas medicinales y también plantas mágicas, aquellas que daban un poder superior y sobrenatural al que las dominaba. Un ejemplo fue la gran cantidad de esporas de Lycopodio encontradas; ellas, en el pasado, recibieron el nombre de “azufre vegetal” porque hacen chisporrotear el fuego al mismo tiempo que ayudan a la combustión. Es fácil imaginarse al hechicero haciendo demostraciones de dominio del fuego para impresionar a la audiencia.

El libro de Jimena Jerez está muy bien organizado, ubicándonos, ya en las primeras páginas en ese fantástico escenario que forma el pacífico golpeando los acantilados costeros y salpicando con agua salada los restos de bosque de Olivillo (Ramírez y San Martín, 2005: 206-224). Allí tienen su lugar de vida los “Huilliches”, quienes tienen mucho que enseñarnos con respecto al trato que merecen las plantas. Después de definir el concepto de etnobotánica en su acepción más amplia, nos introduce en la magia, la brujería y las plantas mágicas, esto se hace dentro de un contexto histórico, tanto nacional, como local. Algo nos muestra de esas difíciles relaciones entre el hombre “civilizado” y el aborigen que maneja y convive con cosas sobrenaturales. Este enfrentamiento de culturas puede tener consecuencias graves como nos lo demuestra Gonzalo Rojas en su hermoso y bien documentado libro “Reyes sobre la tierra” (2002).

Los capítulos siguientes son un festín para el botánico y cualquier hombre culto, ya que junto a una rigurosidad científica útil para la comprensión, se describen las propiedades “mágicas” de las plantas medicinales utilizadas en la región costera de Valdivia y la relación mutualística que el hombre tiene con ellas. Ante nuestros ojos desfilan todo tipo de plantas medicinales, estimulantes, afrodisíacos, tintóreas y mágicas. Junto con la planta para el mal, se presenta la “contra”, que soluciona el problema. Entre estas cabe destacar el “Latue” o Palo de brujos, una planta alucinógena con efecto recurrente, que puede causar la locura. Algunas incluso plantean interesantes problemas biogeográficos, como por ejemplo, el Queule un

árbol nativo que hoy en día se encuentra desde la octava a la novena regiones de Chile por la costa. ¿Habría antes en la costa de Valdivia? ¿Sería transportada por yerbateros? Otra planta “contra” muy socorrida en la región costera de Valdivia, resulta ser el Palqui, pero ella se encuentra hacia el norte, a partir de la VIII región. ¿Se mantendrá cultivada? ¿La traerán desde el norte? También resulta apasionante leer sonoros nombres vernáculos de hierbas desconocidas para la ciencia: Pillunchuca y Quellen. ¿Serán especies ya extinguidas? Interesante resulta la inclusión de varias plantas de origen europeo, que traídas por conquistadores y colonos han sido asimiladas a la farmacopea nativa.

Esta bien lograda obra no es la primera incursión de Jimena Jerez en el tema etnobotánico; en el año 1999 junto a Marcela Chaer había presentado una interesante tesis sobre etnobotánica chilota (Chaer y Jerez, 1999). También en ella se aprecia la riqueza cultural que encierra el acabado conocimiento de las plantas que demuestran los lugareños. Junto con comentar el libro, quisiera incentivar a los lectores para que lean esta joya etnobotánica y a la autora para que nos siga obsequiando con sus brillantes trabajos.

Bibliografía

Chaer, M. y Jerez, J. 1999. Las plantas que curan – etnobotánica en cuatro localidades de la comuna de Chonchi, Chiloé. Tesis. Valdivia: Escuela de Antropología, Universidad Austral de Chile. 123 pp.

Ramírez, C. 1989. “Macrobotanical remains”. En: Tom. D. Dillehay ed.: Monte Verde – A late pleistocene Settlement in Chile. I. Palaeoenvironment and Site context. Smithsonian. Washington: Institution Press. Pp. 147-170.

Ramírez, C. y San Martín, C.. 2005. “Asociaciones vegetales de la Cordillera de la Costa de la Región de Los Lagos”. En: Smith-Ramírez, C; Armesto, J.J. y Valdovinos, C. eds. Historia, biodiversidad y ecología de los bosques costeros de Chile. Santiago: Universitaria. Pp. 206-224.

Rojas, G. 2002. *Reyes sobre la tierra*. Santiago: Editorial Biblioteca Americana, Universidad Andrés Bello.